

P.- Volvemos a vernos las caras.

Z.- Sí, pero ahora me gustaría que subas un peldaño – sólo un peldaño-, ¿eh? - en tus respuestas. Ya no podrás excusar tus yerros ni las medias verdades en la necesidad de hacerte comprender.

P.- Acepto con gusto. Volvamos al punto de partida: las palabras “grillo” y “grilletes” tienen un claro origen onomatopéyico: el “cri-cri” del insecto primero y, más tarde, el ruido de las cadenas cuando se arrastran. Mediante el análisis fonético podemos dividirlos en partes. En “grillo” tendríamos “gri” y “llo”. Estos golpes de voz, emitidos de una sola vez, son las sílabas. Ahora bien, estas sílabas, aunque tienen una realidad física en el mundo de los sentidos, nada significan y, por tanto, se hallarían en cierta forma fuera del lenguaje visto como sistema.

Z.- Veo tu paso siguiente: la “o” de grillo, nos señala un nombre masculino y singular. El morfema – ya sé lo que es – sería el primer corte o “tajo” dado a la lengua.

P.- Así es. El morfema sería una “unidad de articulación”. Pero, si seguimos más adelante el análisis, llegamos hasta el fonema, último reducto del lenguaje -insisto aquí- considerado como “sistema”. Tenemos, pues, que una característica universal del lenguaje es poseer una doble articulación.

Z.- ¿Y cuál es la primera de ellas?

P.- Si descendemos, el morfema será la primera; si ascendemos desde el fonema, entonces ocupa la segunda articulación. En mi opinión, siguiendo un punto de vista empírico, se comienza el análisis por el morfema y el fonema es el segundo hallazgo.

Z.- Me has dicho que las sílabas tienen una verdadera realidad física pero no lingüística. ¿Puedes explicarte?

P.- En el vocablo “noche”, tanto “no” como “che”, se pronuncian. Sin

embargo, no tienen sentido dichas en solitario. En cambio, la “p” de pato no existe en el mundo “real”, es una mera abstracción que se “actualiza” en el lenguaje y permite distinguir “pato” de “gato”.

Z.- Has hecho insistencia en el nombre de la lengua como “sistema” ¿Qué entiendes?

P.- El “habla” es la realización concreta de la “lengua”. Este “hablar”, que existe como realidad física en el mundo de los sonidos, nos permite distinguir una mujer de un hombre, un andaluz de un castellano. Pero la “lengua” es un “sistema” que actúa por debajo, un conjunto de reglas que permite “aflorar” el habla como su fruto. Un ejemplo sencillo: un hombre “nada” (habla) porque sabe como hacerlo (lengua).

Z.- Me parece que se plantean aquí dos puntos de vista diferentes: la lengua tal como se habla en la vida y el estudio teórico de la lengua.

P.- Cierto. En el uso del habla el lenguaje es lineal, una secuencia temporal. No podemos decir “el niño corre en el parque” sin pronunciar cada elemento uno detrás de otro sus elementos.

Z.- Es evidente.

P.- Pero fíjate en que el puesto de “niño” en la frase anterior puede sustituirse por otros sustantivos como “perro”, “gato”, “policía”, etc. Aquí no tenemos una secuencia temporal representada en una línea horizontal. Podemos hacer una línea vertical con todos los elementos citados. Y lo mismo puede hacerse con “jugaba”, “saltaba”, “hablaba”. Esas palabras no mantienen entre ellas una relación dentro de un discurso temporal, pero sí lo hacen en el plano formal como pretéritos imperfectos de la primera conjugación.

Z.- Me has dicho varias veces que los fonemas “no existen”, son “irreales”.

P. - Tan “irreales” como el número pi en las matemáticas. Sin embargo, este número tiene un sentido concreto, preciso: la relación entre la circunferencia y el radio. También los fonemas poseen una definición exacta.

Z.- ¿Y entonces qué es un fonema?

P.- Técnicamente son “todos aquellos rasgos distintivos que se producen juntos simultáneamente”.

Z.- No es fácil entender eso.

P.- Veamos: piensa en una bicicleta y en un triciclo. La primera se puede definir como la conjunción de un manillar, un asiento, unos pedales y dos ruedas. ¿Y el triciclo?

Z.- Pues lo mismo salvo que las dos ruedas son tres.

P.- Ahí tienes: el triciclo y la bicicleta son distintos porque uno tiene un rasgo distintivo que no tiene el otro. De esa manera t y d se oponen porque la t es sorda y la d es sonora. En todo lo demás coinciden. Si tuviesen al mismo tiempo iguales todos los rasgos serían idénticos. Elemental. Cada fonema es él mismo porque no es otro. O dicho de otra manera: los fonemas mantienen oposiciones binarias siguiendo unos rasgos pertinentes, necesarios (vocal/no vocal; tenso/flojo; denso/ difuso, nasal/no nasal, etc. No vamos a extendernos).

Z.- En el ejemplo que has puesto, un *tandem* entrará en correlación con el triciclo y la bicicleta compartiendo algunos rasgos y separándose en otros como el doble asiento, doble manillar, dobles pedales).

P.- Esto es importante. Los fonemas no solamente se unen entre ellos mediante oposiciones binarias (p-b; t-d; k-g) sino que forman correlaciones. El fonema p es a b igual que t lo es a d, y lo mismo que k lo es a g. La primera serie p-t-k es sorda y la segunda b-d-g es sonora.

Z.- Pienso que si los fonemas solamente estuvieran emparejados unos con otros mediante una única oposición binaria, no habría entonces una estructura fonológica coherente, compacta. Los fonemas “flotarían” en parejas independientes.

P.- Tienes razón. Una estructura supone un orden, una cohesión y una función de cada elemento. Y ahora que ya tienes claro que la lengua es un sistema, una estructura, podrás entender el cambio lingüístico. Hasta aquí hemos visto la lengua como si fuese una fotografía, una imagen estática. Pero la lengua evoluciona y podemos verla también como unas

imágenes dinámicas, una película que desarrolla una cadena de sonidos.

T.- Me gustaría verlo, pero que sea ya mañana.

2

P.- Hemos dicho que la serie p-t-k es sorda y la correlativa b-d-g es sonora. Pues bien, en el paso del latín al castellano, las primeras consonantes dichas, en posición entre vocales, se sonorizan. Así tenemos de p a b, como lupum, lobo; de t a d, como vitam, vida; y de k a g, como lacum, lago. Esto sucede siempre que dichas vocales estén en las mismas circunstancias. Podría hablarse de “ley fonética” si la palabra “ley” no estuviera tan ligada al concepto de necesidad de las leyes físicas (mejor sería llamarlas tendencias fuertes).

Z.- Ahora me parece entender que la t de una palabra latina difícilmente puede transformarse en una jota. La estructura fonológica de la lengua “en un momento dado de su historia” se haya íntimamente enlazada con su devenir, su evolución “en el paso del tiempo”.

P.- En la estructura fonológica de una lengua puede hallarse una “casilla vacía”, un hueco disponible que no se usa para establecer una oposición binaria. Esto es un fallo del sistema, un despilfarro. Entonces otros elementos tienden a llenar ese vacío provocando a su vez un desequilibrio que exigirá un nuevo equilibrio posterior.

Z.- ¿Podemos ver algunos cambios?

P.- En un cierto momento, el castellano tenía tres fonemas muy próximos entre sí situándose en la parte central de la lengua. Y entonces, para evitar esas molestas confusiones ¿qué hizo? Pues reordenó su sistema fonológico adelantando un sonido hacia los labios, retrasando otro hacia el velo del paladar y dejando la parte central para el tercero. De ese modo aparece la z (delante) la ch (centro) y la jota (detrás).

Z.- Esa j que no existe en las otras lenguas romances.

P.- Sí, por ello se pensó que era influjo del árabe aunque hoy está sobradamente demostrado que nace de un modo interno dentro de nuestro

idioma. De árabe solamente tiene ese corte de alfanje que recibimos cuando la garganta está inflamada y no podemos pronunciarla.

Z.- ¿En todas las lenguas deben existir siempre consonantes y ser éstas más numerosas que las vocales?

P.- El órgano fonador de la palabra no lo forma sólo las cuerdas vocales. ¿No sería poco racional desdeñar el uso potencial de labios, dientes, fosas nasales o velo del paladar para modular la voz emitida?

Z.- Y la segunda respuesta...

P.- Me parece que te engaña las grafías diversas de las consonantes debida a la ortografía. Si cuentas tenemos: b-v; c—z; d, f, g, j, k-qu, l, ll, m, n, ñ, p, r, rr, s, t.. En total, tenemos diecisiete consonantes.

Z.- Pero las vocales son cinco: a, e, i, o, u.

P.- Sí, pero los diptongos son cuasi-vocales y están más cerca de éstas que de aquellas. Un diptongo es una misma emisión de voz formada por una vocal a la que se añade una semiconsonante o una semivocal. Aclaremos estos conceptos: en una semiconsonante se va de la estrechez de la consonante a la abertura de la vocal (así “piano”, como “Jacobo” da Yago, Diego, San Tiago); en las semivocales, en lugar de ir de más cerrada vocal a más abierta, sucede lo contrario (así en “hoy”).

Z.- Pues contemos, aunque esa inclusión de los diptongos me parezca un poco tramposilla: a, e, i, o, u, ai, au,, ei, eu, ia, ie, io, iu, oi, ou, ua, ue, ui, uo. En total, diecinueve. Así que el resultado es el contrario de lo esperado.

P.- Piensa en que las consonantes deben ir siempre acompañadas de una vocal que les da “la vida”, por así decirlo. O, dicho de otra manera, son su sombra. No pueden saltar fuera de ella.

Z.- ¿Y no podrían reducirse las vocales?

P.- Vamos a suponer una lengua que únicamente tenga tres vocales: a, e, o. La distancia entre la forma de articulación es tan clara que no permite confundirlas. Sin embargo, las combinaciones posibles entre esas tres

vocales son menores que entre cinco. Y a menos oposiciones, menos vocablos y menos ideas en nuestro pensamiento.

Z.- Y me parece que eso no es muy buena solución ¿no?

P.- El poeta Rimbaud escribe un soneto en el que identifica las vocales con los colores. Podemos nosotros hacer casi lo mismo pero cambiando los colores por los dedos. Pon la palma de la mano plana con los dedos extendidos y dales a cada dedo una vocal.

Z.- Ya lo he hecho.

P.- Bien, entre la a del pulgar y la e del índice queda bastante espacio libre. Una lengua como el catalán aprovecha ese hueco o casilla vacía para llenarlo con una e abierta, a medio camino entre la a y la e cerrada.

Z.- Continúa.

P.- Pero vamos a suponer que entre la a y la e abierta se introduce una nueva e en la mitad del camino. El sistema vocálico se enriquece pero al precio de “hacinar” muchos fonemas en un punto provocando la confusión.

Z.- Es lo que antes habías dicho sobre el adelanto de la z y el retraso de la j hacia el velo del paladar.

P.- Aquí tenemos el mismo caso con los fonemas. Si hay más, podemos hacer también más oposiciones entre ellos. Sin embargo, el precio que debe pagarse es la imprecisión. Esto es una contradicción. El principio económico exige lograr el mayor rendimiento posible con el menor número de recursos disponibles. La lengua, en consecuencia, persigue un acuerdo entre esas dos tendencias contradictorias.

Z.- Si me dejas decirlo parafraseando un refrán, “no por más fonemas agregar, la lengua mejor se va a expresar”.

P.- Ya que hablas de la madrugada y de los impacientes, volvamos a la cama hasta que salga la nueva aurora.

P.- Ya estamos de nuevo en liza.

Z.- Hemos hablado de vocales y consonantes. ¿Podemos seguir por ese camino?

P.- Como ya sabes, las consonantes no se pronuncian nunca solas sino apoyadas en un sonido vocálico. Por otro lado, también hemos visto que la partición en sílabas es algo tan natural que cualquier hablante de una lengua puede hacerlo sin demasiada instrucción.

Z.- Sí, lo recuerdo bien.

P.- Podemos sacar de esto varias consecuencias: primero, no puede haber ninguna sílaba que no tenga en ella una vocal o diptongo; segundo, el grado de mayor abertura posible de una sílaba será siempre la a (evidentemente sin caer en el bostezo del león o de alguno de los bípedos implumes); tercero, cada sílaba solamente puede constar de una sola vocal o diptongo, pues las consonantes se constituyen en torno de ella y éstas consonantes atraen de modo articulatorio a las vocales más cercanas (no hay en la casa dos señores.)

Z.- ¿Y algo más?

P.- Vamos a dibujar una gráfica en donde se represente verticalmente la amplitud o cerrazón de los labios y horizontalmente la cadena del discurso hablado (un mal doblaje de película es cuando en las dos curvas el cierre de la boca no coincide y entonces se oye una voz con los labios cerrados).

Z.- Está hecho.

P.- Si la vocal es la parte más elevada de la sílaba, el elemento consonántico tiene tres posibilidades: primero, llegar hasta la altura de la vocal (ma, te, bo, etc); segundo, descender desde la cima (as, an, ar, al); tercero, ascender hasta la vocal y después descender (ton, san, ben, etc.).

Z.- Y, en esas curvas trazadas, los puntos de inflexión que señalan las cimas vocálicas y las depresiones representan las sílabas.

P.- Eso es, aunque la cosa quizás no sea tan sencilla. Ciertamente el campo de los posibles fonemas que pueden pronunciarse es muy vasto, pero no ilimitado (algunas lenguas africanas tienen un “klik” que no expira el aire sino que lo inspira). Dentro de ese terreno de posibles fonemas cada lengua escoge su parcela y construye su propia estructura fonológica.

Z.- Sí, ya sé lo difícil que es reproducir sonidos desconocidos que no se han grabado en nuestra mente cuando ésta no tenía huellas.

P.- Pero también existe algunas veces dificultades en pronunciar juntamente sonidos en nuestra lengua (los trabalenguas nos indican alguna pista). De aquí viene que, por descuido y relajación, se produzca asimilaciones de unos sonidos que son “tragados” por los siguientes (en catalán “andar” da “annnar”, anar, lo que provoca una silabación distinta, a-nar, an-dar). También ocurre que sonidos iguales, cuando son contiguos, se repelen como los polos idénticos de un imán. Esto es la “disimilación” (cuida, casi esta voz es un trabalenguas).

Z.- Es cierto que cada lengua tiene sus trabalenguas. Me parece más fácil decir “asimilación” que “disimilación”, seguramente porque otra i es la gota que derrama el vaso.

P.- Estos casos se fundan en la dificultad de pronunciar juntos determinados fonemas que, además, se repiten en un tiempo veloz. Si hablamos “articulando las sílabas” despacio el trabalenguas es más sencillo.

Z.- ¿Puedes explicarte un poco más?

P.- Como cada lengua tiene sus fonemas, éstos pueden combinarse según su sistema fonológico, y éste sistema es el que permite realizar juntos sonidos formando sílabas, tan peculiares éstas en un idioma como sus fonemas. En una sílaba se necesita tiempo para la adaptación del movimiento articulatorio del fonema anterior al posterior.

Z.- Pues me parece que has embrollado aún más la cuestión.

P.- Un ejemplo: un gimnasta puede realizar alguna contorsión que no puede realizar alguien sin entrenamiento (es decir, hay “sílabas” propias de una lengua como lo son sus fonemas). Ahora bien, ningún gimnasta podría tocarse la oreja derecha con el pie izquierdo mientras el pie izquierdo toca su rodilla. En otras palabras, vuelvo a insistir: aunque las posibilidades de emitir sonidos sea muy extensa, también existen sílabas imposibles dada la configuración de nuestros órganos fonadores.

Z.- ¿Y hay lenguas cuyas sílabas sean más largas que otras?

P.- El hablante de una lengua no es un cantante de ópera que prolonga las vocales con la fuerza de sus pulmones (cierto que existen lenguas con vocales “largas”...pero no tanto). De ahí que las vocales no tengan nunca una excesiva duración: la *ma* de *mano* dura menos que *más* en *mástil*. Claro está que la brevedad del tiempo depende de lo que consideremos como largo.

Z.- Es evidente – da vergüenza decirlo – que una sílaba es más corta que una palabra bisílaba, trisílaba o polisílaba.

P.- En consecuencia, hay sílabas que se identifican lógicamente con palabras monosilábicas. ¿Qué se deriva de todo ello?

Z.- Dímelo.

P.- Una lengua puede llevar a cabo tantas más combinaciones cuanto más sílabas entren en juego. Si en una lengua predominan las palabras monosílabas, tendremos entonces que una misma forma, una misma sílaba, deberá asumir más sentidos para compensar el menor número de combinaciones posibles.

Z.- ¿Y?

P.- Pues que esto solamente lo puede hacer una lengua dando a las palabras monosilábicas un tono distinto o bien concediendo un valor morfológico a la posición que ocupan dentro de la frase.

Z.- Comprendo. Ya sé que la cavidad bucal y la cavidad nasal son dos resonadores de la voz; pero tanto timbre me hace mal en los oídos. ¿Vamos

a los contenidos, el sentido de las voces?

P.- Quedamos emplazados para mañana.

4

P.- El sentido de las palabras no es independiente de los sonidos. Si pensamos en silencio o leemos “para nosotros” es porque antes en nuestro cerebro existen ya unas imágenes acústicas que hemos escuchado previamente. Y todavía, si te fijas, hacemos alguna vez ligeros movimientos articulatorios con la lengua como si quisiéramos hablar.

Z.- Tú ya me entiendes.

P.- Hablemos, pues, del contenido. El *signo*, que es la conjunción del *significante* con el *significado*, nos muestra en su raíz que la reflexión sobre la lengua se inicia con la escritura.

Z.- ¿Y eso?

P.- La raíz “sig-” de “signo” *significa* “cortar”. Esto lo podemos ver en palabras como “sicario” (que mata con la “sica” o puñal); “Sicilia” (por su forma triangular como una lanza); “segur” (hacha), línea “secante” (que corta); “segar”, “sección”, “segmento”, etc.

Z.- ¿Dónde quieres ir a parar?

P.- Hemos dicho que las palabras se cortan en morfemas y que éstos son las primeras “unidades de sentido”. Ahora bien, tenemos unos morfemas gramaticales que son habas contadas (género, número, desinencias verbales). El número de estos morfemas no cambia. Pero el radical de la palabra es un morfema muy variable pues siempre podemos crear nuevos: el morfema ar, del infinitivo es invariable, pero junto a *cantar* podemos añadir “guasapear”, “tuitear”, etc. Uno es un conjunto cerrado; otro abierto.

Z.- Pero cuando yo hablo de “sentido” no pienso en esa “mini-pildoras” como la “o” de masculino, sino en palabras como “jamón y “co...”.

P.- ¿Te acuerdas lo que te dije sobre el origen de las primeras palabras?

Z.- Lo recuerdo, y pusiste el ejemplo de “fuego”.

P.- Así es. No se puede soplar, silbar, avivar el fuego o apagarlo exclamando sonidos como “ga-ga-gá” o “te-te-té”. El sonido *f* es labiodental fricativo y, por ello, deja escapar una corriente de aire ininterrumpida.

Z.- También señalaste que la “o” y la “u” eran vocales posteriores que reducen el paso del aire y, al abocinarse hacia delante, forman como un tubo, un soplete que sopla hacia el foco, el punto de combustión.

P.- Tienes buena memoria, y eso me agrada. Y bien, de esa raíz onomatopéyica *fw- surge una palabra como “huir” (fugir) y, luego, “fugoso”. El “fuego” es una realidad material, concreta, visible; el acto de “huir” es visible, pero es una acción que supone un cierto grado de generalización; por último, “fugoso” describe una cualidad abstracta que señala al que arde por dentro.

Z.- Déjame a mí ahora: perro, apearrear, maltratar.

P.- Eso es. El sentido de las voces comienza aludiendo a unos objetos materiales que pueden percibirse con los sentidos para desplazarse más tarde hacia ideas abstractas.

Z.- Pero esto tendría una objeción: los dioses son conceptos abstractos que el hombre tiene desde los primeros tiempos.

P.- Como sucede tantas veces, el tiempo borra casi todas las huellas. Los griegos reciben una mitología hecha desde tiempos oscuros, y esas épocas todavía están mucho más alejadas del balbuceo de la lengua. Tan sólo quedan residuos. ¿No vemos en el dios Thor de la mitología nórdica el ruido del trueno? Y, si me permites, te daré una hipótesis tan arriesgada y aventurada, que resulta más fácil de rechazar que de aceptar.

Z.- ¿Y cuál es?

P.- La palabra “ulular”, con sus dos *ues* seguidas, es claramente de origen onomatopéyico. Tiene el sentido de aullar, gritar, llorar, silbar el viento.

¿Y no es precisamente ese “ulular” del ventarrón furioso el que oyen los marineros cuando hay marejada? Las “olas” altas “ululan”. Es curioso señalar la coincidencia entre “Eolo”, dios de los vientos, con el *ulular* de las *olas* que zarandean el barco. ¿Acaso pueden colocarse tres en raya dichas palabras?

Z.- Muchas veces te he oído decir que las lenguas tienen en la prehistoria un origen onomatopéyico; pero ¿no es esto una exageración?

P.- Sí, en el caso en que se piense que el primer empujón dado a una raíz conduce a una palabra, como si fuese ésta un proyectil disparado por un cañón, hasta nuestros días. Una vez que la botella ha sido lanzada no sabemos nunca dónde las corrientes marinas la llevarán. Otras fuerzas aparecen entonces en juego: asociaciones mentales, semejanzas de sonido, errores de pronunciación, falsas etimologías, préstamos en los cuales los sonidos no se adaptan bien, etc. Por otro lado, esas primeras raíces de nombres tenían que limitarse a unas pocas palabras.

Z.- En suma, roto el vínculo natural, las palabras están libres y, por ello, son arbitrarias. En las lenguas “históricas” más antiguas, aquellas que conocemos sólo por su escritura, las voces serían ya convencionales.

P.- Así es, pero esto solamente es cierto cuando una lengua está ya formada, hecha, en lugar de ir “haciéndose”.

Z.- Se me ocurre que, si las palabras nacen de las onomatopeyas, las voces primeras, nacidas de la misma naturaleza, serán las mismas en todas las culturas.

P.- Varias respuestas pueden darse a esa objeción. En primer lugar, los hombres escuchan lo mismo, pero no son capaces de reproducir lo mismo. Nuestra lengua dice “guau” al ladrido del perro y en el alemán se entiende “bau”.

Z.- Aún así son voces parecidas.

P.- Prueba a hacer el juego de los disparates: una persona A le dice a otra persona B un sonido; B se lo repite a C, y C a D, y así sucesivamente durante una larga cadena. El sonido final no tendrá nada que ver con el inicial.

Z.- Vienes a decir con esto que las palabras cambian de pronunciación mientras no se afianza entre todos una misma imagen acústica, una voz fija en la mente de cada individuo de un grupo humano.

P.- Es solamente una hipótesis. Y si esto ocurre así dentro de una comunidad primitiva ¿cómo debe ocurrir entre clanes separados? La diversidad de las lenguas no es un hecho sorprendente. Más bien sería un milagro que todas ellas hubiesen evolucionado en la misma dirección. ¿Acaso cuando salen en tromba los niños de la escuela lo hacen en fila india?

Z.- Sin embargo, algún parentesco existe. En el caso de la raíz fw* para mencionar el fuego tenemos la coincidencia en lenguas de un origen indoeuropeo (griego, latín y romances, inglés, alemán). Pero no es el caso de muchas más lenguas.

P.- No existe una lengua “universal” de la que se desprenden todas las demás. Cada lengua elige su camino propio. Pero fíjate en el chino “huo”, tan cercano fonéticamente a fw*. Evidentemente no hay ninguna filiación, pero vemos que bajo ciertas circunstancias el lenguaje actúa de un mismo modo.

Z.- Nos ha salido el problema de las familias lingüísticas.

P.- En los tiempos prehistóricos los grupos humanos eran escasos y el espacio terrestre amplio. Tal vez podían encontrarse algunos clanes en los ríos para beber. Peleaban, pero también se fusionaban. La comunidad crece y se crea una *lingua franca*, un intercambio de sonidos. Esas tribus emigran y en algunas ocasiones se desgajan, toman rumbo distinto.

Z.- ¿Entonces nos encontramos con lenguas que proceden de un “lengua-madre”?

P.- El parentesco de una lengua con otras es un hecho demostrado. Ahora bien, ¿cuáles son estas grandes familias? Pensemos en un clan situado en la estepa asiática ¿podrá atravesar Siberia, las islas auletianas y todo el continente hasta alcanzar la Pampa argentina? La distancia geográfica, cuando es insalvable, elimina lógicamente la posibilidad de parentesco.

Z.- ¿Y si están cercanas? ¿Es cierto lo inverso?

P.- No, la vecindad entre las lenguas no es necesaria para que haya un parentesco. Ahí tenemos el eusquera, lengua no indoeuropea, rodeada de lenguas romances. Estas lenguas próximas sencillamente coexisten.

Z.- Bien, pero del roce mutuo algo saldrá ¿no?

P.- El eusquera, lengua de pastores y campesinos, ha tomado muchos términos latinos alusivos a la administración y la justicia. Por su parte, el castellano ha recibido la influencia del sustrato vascuence para perder la f inicial latina. Como el vasco no tenía ese sonido substituyó este fonema por una h aspirada que más tarde perdió dejando sólo su huella en la escritura: hijo, harina, etc.

Z.- Y mañana más...

5

P.- Bien entonces, el sustrato ...

Z.- ¡Alto ahí!. Me parece que hemos puesto en la puerta al significante y éste se ha vuelto a colar por la ventana.

P.- Vale, sea. Hablemos de los contenidos; pero que te quede claro que no hay una relación en el signo como la del piloto y la nave, o el jinete con el caballo.

Z.- Me olvido de Platón y sus “secuaces” (con perdón).

P.- Toma un diccionario. Mejor todavía: un diccionario de una lengua extranjera. Cada entrada tiene una definición concreta. Como desconoces las palabras empleadas debe buscar cada una de ellas. Y a cada una de éstas debes también averiguar el sentido.

Z.- Entiendo. Esto se ve más claro en una lengua extraña, pero incluso en la nuestra apreciamos que no se puede definir una palabra sin usar otras palabras que, a su vez, son explicadas por otras palabras...¡No podemos

escaparnos del lenguaje!

P.- El hombre cavernícola, que posee unas docenas escasas de signos, se siente abrumado por las barreras de un mundo material que no puede aprehender con el pensamiento. Pero cuando se usan cinco mil o diez mil palabras, la realidad material queda encapsulada por la riqueza del lenguaje. En una tabla el náufrago contempla sus límites y su falta de libertad; en una isla como Gran Bretaña no percibe que se encuentra dentro de una prisión mayor.

Z.- Cuantas más palabras tengamos en nuestro cerebro y sepamos cómo usarlas, más libres nos sentiremos para pensar. Esto es lo que me ocurre cuando hablo francés, me tropiezo constantemente como un niño o un adulto arrastrando grilletes. Estoy como en una jaula. No tengo las palabras suficientes ni las reglas gramaticales.

P.- Sí, pero escucha lo que te voy a decir: por un lado, es evidente que decir unas cosas impide decir otras; hablar es elegir nuestras palabras. Sin embargo, lo que más me importa subrayar aquí es que, incluso cuando hablamos, solamente lo hacemos de un modo aproximado. No sabemos “todo” lo que decimos.

Z.- Explícate mejor.

P.- Observa esta frase: “mañana te compro las *gominolas*”. Y bien: ¿qué son las gominolas? Podemos decir que son dulces o chuches, pero hay otras cosas que también son dulces y chuches, pero no son gominolas. ¿Que tienen azúcar? Pues como otros muchos postres. Hablamos por aproximación, como quien señala un estante de libros de novela histórica para encontrar uno concreto, o bien quien indica el cono sur de América para localizar la ciudad de Montevideo.

Z.- Es debido a nuestras limitaciones.

P.- No, es todo lo contrario. El hecho de que no sepamos con precisión todas las palabras usadas hace posible que hablemos. Cuando vemos un cuadro no todos los detalles se aparecen a nuestra vista con la misma intensidad. Vemos una figuras con claridad y en el fondo, hasta el rabillo del ojo, otras cosas visibles aunque algo borrosas, difuminadas. Es evidente que nuestros ojos pueden cambiar el objeto y lo que antes se veía

nebuloso, luego se ve claro. Pero no vemos todo “de golpe”, con la misma fuerza.

Z.- No entiendo dónde quieres ir a parar.

P.- Así como los ojos pueden posarse en cualquier punto, también nosotros podemos averiguar el sentido de una palabra concreta mirando el diccionario. Sin embargo, muchas de las palabras usadas las conocemos con una vaguedad que no nos impide expresar el fondo del pensamiento. Antes bien, evitan que caigamos en cada momento en la molesta obligación de definir las exactamente buscando siempre los diccionarios.

Z.- ¿Por ejemplo?

P.- Hablamos frecuentemente de enfermedades “congénitas”. Y sabemos a *grosso modo* lo que significa. Sin embargo, ¿tenemos la precisión del concepto como la puede tener un biólogo? O, en otro orden de cosas, quienes dicen salirse por “los cerros de Úbeda” o “por peteneras” no saben que en Úbeda no hay cerros ni tampoco qué cosa sea “peteneras”. Pero aciertan, se hacen entender. Y eso ya vale.

Z.- En suma, las oraciones deben dejar una zona en claroscuro cuando hablamos.

P.- Y también cuando escuchamos. Sabemos que el Índice Dow Jones hace referencia a la bolsa, pero ¿qué es exactamente? No siempre es necesario acudir al diccionario. Basta con centrar una palabra en una área, en un campo semántico.

Z.- ¿Qué entiendes por campo semántico?

P.- Sería una parte del vocabulario cuyas palabras tienen algo en común. Así “raqueta”, “pelota”, “red”, “pértiga” coinciden en ser “objetos usados en el deporte.

Z.- Esos componentes esenciales de un campo semántico me parecen similares a los fonemas. ¿No podríamos hablar de unos “semas” que combinados nos diesen todas las palabras?

P.- Bueno, en primer lugar los fonemas son un conjunto pequeño cuya

combinación nos da todos los vocablos de una lengua. Tales “semas” serían muy numerosos, parecidos a los ideogramas chinos. Y, además, los campos semánticos se relacionan de una manera más libre que las correlaciones fonológicas. La pelota anterior puede formar también un elemento de cosas esféricas como “planeta”, “naranja”, “cebolla”, “sandía”, etc. En suma, los campos semánticos se parecen a ondas que se entrelazan en un estanque.

Z.- Entonces, los semas nos conducen a un camino difícil para atar las definiciones.

P.- Los campos semánticos se basan en un criterio externo, discutible. Un fonema es un fonema preciso. Pero ¿son esféricos los planetas y las sandías? ¿Es un deporte el ajedrez? Un criterio interno a la lengua son las familias de palabras, aquellas que comparten una misma raíz.

Z.- Entiendo. Si yo digo “zapat-” trazo unos límites que serán luego precisados por desinencias: zapatero, zapatilla, zapatería, etc. O dicho de otra manera: anticipan el sentido.

P.- Sí, pero debemos tener en cuenta la evolución de una lengua. Estas cambian siempre, lentamente, pero manteniendo una estabilidad suficiente que permita la comunicación entre las personas -jóvenes o ancianos- que viven juntas en un momento de la historia.

Z.- ¿A dónde quieres ir a parar?

P.- Pues que has raíces “desaparecen”, se ocultan. La palabra “yerno” se emparenta con “engendrar”. Una vez que desaparece el parentesco ambas voces caminan por su lado como si no se hubieran visto jamás.

Z.- En un diccionario esas palabras estarían separadas por algunas páginas. ¿No es un error esto?

P.- Los diccionarios deben basarse en el abecedario para hacer posible la búsqueda de los vocablos. Esto sería preciso incluso en el caso de que se tratase de un diccionario de raíces. Las palabra “yerno” y “engendrar” estarían enlazadas remitiendo una a la otra.

Z.- Me parece que la lexicografía no es una tarea sencilla.

P.- Toma varios diccionarios de una biblioteca. Si comparas las definiciones dadas a una palabra verás que son correctas, te dan la idea de ese vocablo. Sin embargo, no coinciden plenamente.

Z.- Podríamos decir que la verdadera “definición” sería la intersección de todas las entradas de cada diccionario.

P.- Estoy de acuerdo, pero ahora quisiera plantear otro problema. Una palabra puede añadir nuevos sentidos. Tal es el caso de la “pluma” de ave y la pluma de escribir o, más moderna, la estilográfica. Y también pueden aparecer voces nuevas que están en la calle pero todavía no han hallado acomodo en el diccionario.

Z.- Estas palabras no presentan ningún problema pues tal vez dichos neologismos únicamente son desconocidos por los mayores que no siguen el paso. ¿Entienden qué es MP4?

P.- La vida se prolonga hacia el futuro, pero también se hunde en el pasado. Los mayores conocen palabras “con un pie en la tumba”. Y si nos vamos todavía más lejos hemos de acudir ya a diccionarios históricos que nos hagan comprensibles las obras de otros siglos.

Z.- De todo esto que venimos hablando me ha parecido entender una cosa: un significado establecido debe estar siempre unido a un significante propio. Cada oveja con su pareja. Si le llamo al “árbol” con el nombre “puente” creo confusión.

P.- Mientras seas tú sola la que haces dicho cambio. Si es toda la comunidad, entonces una palabra deja de tener un sentido para adquirir otro distinto. El verbo “enervar” tiene el sentido de “debilitarse”, pero la mayor parte de los hablantes lo han transformado en “ponerse nervioso”. En lugar de aflojarse los nervios, éstos se tensan. Y así ha quedado.

Z.- Hablamos siempre de las palabras como las verdaderas portadoras de un significado; pero ¿no hemos dicho que las unidades mínimas eran los fonemas?

P.- Los morfemas no se presentan directamente a nuestra mente. Precisan el análisis lingüístico. Un hablante tiene únicamente ante sí las palabras “llenas”.

Z.- ¿Qué entiendes por “palabras llenas”

P.- Aquellas que pueden percibirse por los sentidos o por la manifestación de unos actos visibles. Si digo “mesa” o “canción”, puedo ver una y escuchar la otra. Y el sentido de la palabra “amar”, aunque no lo toque, lo siento al acariciar la piel. Así también “correr” o “comer” se pueden reducir a moverse rápido con las piernas o masticar unos alimentos.

Z.- ¿Y entonces las palabras “no llenas”?

P.- Cuando decimos “los”, “de”, “si”, “pero”, etc., no tenemos en nuestra cabeza ningún objeto ni acción. Solamente relaciones gramaticales que permiten construir las frases.

Z.- Supongo que esas palabras llenas y las partículas de relación hacen posible el sentido de las oraciones.

P.- Cierto, pero ¿qué clase de oraciones? Si yo digo “los peces daban gemidos” ¿qué me dices?

Z.- Pues que eso es falso.

P.- Y si ahora digo “mis casas leen el aluminio estúpidamente dormido”.

Z.- Eso no es ni falso ni verdadero: no tiene sentido.

P.- Sin embargo, ese *sinsentido* está formado con una estructura sintáctica correcta. Decir “casas mis aluminio el...” no solamente no tiene ningún sentido sino que, además, es gramaticalmente incorrecto. Tal disgregación del lenguaje sólo podría entenderse con una finalidad : la reconstrucción en algunos concursos televisivos (o ejercicios de aprendizaje del idioma).

Z.- Me parece recordar que eso de “los peces daban gemidos” es un verso del romancero.

P.- Buena memoria. Me has dicho que este verso era falso y la otra frase no tiene sentido. Ciertamente una cosa no podemos esperarla y la otra ni siquiera la entendemos. Ahora bien, compara la frase “sin sentido” con esta otra: “las astas del toro herían de azul celeste las estrellas”.

Z.- Esta me parece tener un poco más de sentido. O, al menos, el oyente

puede buscarlo con mayor facilidad que en la anterior.

P.- Podemos entonces establecer una graduación de sentido. Una frase “real” sería: “el perro come un hueso”. Y en las otras, hablando en términos literarios, tendríamos un surrealismo “light” y otro surrealismo “heavy”. Claro está si tales denominaciones pasan por el filtro de los guardianes de la lengua.

Z.- Dejemos la conversación en este punto ¿Te parece?

P.- Me parece.

Pablo Galindo Arlés
17 de octubre de 2016